

llevó al seno de las civilizaciones modernas las revelaciones de la naturaleza en las escuelas de Córdoba y de Sevilla; que dominó el Mediterráneo por medio de los catalanes y aragoneses; que detuvo el desierto para que el desierto no llenara con sus arenas el resto de Europa; que realizó más que ningún otro pueblo la filosofía del siglo pasado; que se levantó ante el mundo entero á la mayor altura con la epopeya de la guerra de la Independencia; que enseñó á los pueblos cómo se pelea y cómo se muere por la patria; que esta nación por medio de la República sea grande, y siendo grande, y siéndolo, como puede serlo por medio de la federación y de la democracia, será la nacionalidad más ilustre de la tierra.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 8 de Julio de 1873.)



XXX

YO jamás he visto amor patrio como el amor de los judíos españoles. Tantas injusticias no han sido parte á inspirarles desvío á esta madre España, convertida para ellos en madrastra. Conocí en Florencia un matrimonio judío que viajaba por Europa y venía de Damasco. La mujer era hermosísimo tipo oriental. Su pálida tez, entonada por la lumbre de ojos negros y profundos, circuidos de larguísimas y umbrosas pestañas, resaltaba entre los rizos de largos cabellos, como la seda de finos y relucientes. Era su nariz griega, como la nariz de la Venus de Milo, y sus labios rojos como el encendido carmín de la flor del granado. Llamóme la atención tanta belleza, como á ella

la llamó la atención el idioma patrio que hablaba yo con varios españoles y americanos. Inmediatamente dirigióse á su marido y le dijo algunas palabras en español. La lengua nacional, hablada en tierra extraña, vibrando en los oídos del emigrado, transporta, enajena, como la más armoniosa música. No pude contenerme y le dije: Señora, ¿es usted española? Entonces me refirió que era judía, que naciera en Liorna, que se casara con un griego, que habitaba en Damasco, que aprendió el español en su sinagoga patria, y que lo hablaba con sus correligionarios de Oriente, entre los cuales muchos lo han conservado como piadoso recuerdo de su origen, como glorioso timbre de su estirpe. Los afectos más vivos siempre son los afectos más contrariados. Mi amor patrio, con ser tan intenso, parecióme tibio al compararlo con el amor á España de esa raza, que perseguida como manada de fieras, injuriada por toda clase de afrentas, desarraigada del suelo nacional, en la dispersión, en el destierro de cuatro siglos, aun vuelve los ojos con amor á las tierras donde el sol se pone, y aun habla la lengua de sus persegui-

dores, á la manera que los antiguos israelitas entonaban los cánticos de sus profetas, en las orillas del Eufrates bajo los llorosos sauces de Babilonia.

Al pensar esto, al sentir esto, vi como en visión magnética el movimiento político que había de romper la cadena de las tradiciones antiguas en mi patria, y juré, si alguna vez obtenía la confianza de mis conciudadanos para el magisterio altísimo de legislador, combatir sin descanso hasta alcanzar que no fuéramos en el mundo moderno monstruosa excepción por nuestra intolerancia, y abriéramos las puertas de la patria á todas las ideas como á todas las sectas, y consagráramos aquel derecho, sin el cual todos los demás derechos son como si no fueran, el derecho de abrir la conciencia á la luz, y adorar en público como en secreto el Dios que vive en la conciencia.

(De su obra inmortal titulada *Recuerdos de Italia*. Tomo I, 1872.)